

EL RAMILLETE.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

SECCION CIENTÍFICA

BIBLIOGRAFÍA.

TRATAMIENTO DEL HIDROCELE, POR EL DR. D. PEDRO M. CARTAYA.



NA feliz circunstancia ha traído á mis manos la excelente monografía que sobre el tratamiento del hidrocele publicó el año último en Montpellier mi distinguido amigo, el Dr. D. Pedro M. Cartaya. Durante la permanencia en Barcelona de este profesor, una de las mas justas notabilidades médicas de la Isla de Cuba, tuve la buena fortuna de unirme con él con amistad estrecha, simpatía que se avivó con motivo de la identidad de criterios que vienen regulando nuestros actos científicos: así se explica que al leer con la escrupulosidad debida el escrito que acaba de ver la luz pública, he debido sentir mas satisfaccion que sorpresa, ya que desde algun tiempo me constaba la vasta erudicion y el envidiable tino práctico que adornan al médico de Matanzas.

Comienza el Dr. Cartaya su monografía extendiéndose en generalidades sobre el tratamiento del hidrocele y partiendo del principio, tal vez en absoluto no del todo cierto, de que aquella hidropesía constituye

un proceso local, pasa en revista las dos indicaciones que deben cumplirse al pretender curar el hidrocele, es decir: evacuar el líquido y modificar las paredes del saco vaginal provocando una flegmasia artificial *resolutiva, adhesiva ó supurativa*, diferentes grados de la potencia que puede despertar un agente terapéutico y que tendrán diversa aplicacion segun el estado del testículo, la naturaleza y antigüedad del hidrocele y las cualidades del individuo en quien recae. Afiliado el Dr. Cartaya á la escuela positivista, estudia despues el mecanismo íntimo por el cual se opera esta flegmasia artificial en el triple aspecto apuntado y concluye la primera parte de su trabajo dictando reglas generales de aplicacion práctica que en las páginas sucesivas son objeto de un mayor desarrollo.

Procede despues el análisis metódico de los diversos tratamientos empleados desde épocas remotas hasta nuestros días.—Presta con razon sobrada escasísimo valor al tratamiento médico del hidrocele apesar de las observaciones de Bellinci, de Laforgue, de Despruy Oren y de Lerdy, sin embargo no olvida señalar algunos casos de curacion obtenida en los niños á favor del eritema y cuatro de que él ha sido testigo, curados radicalmente despues de una fiebre variolosa.—Dedica un recuerdo al Dr. Dupieris de la Habana que ha recomendado el amasamiento repetido dos veces al día den-

tro de un baño tem lado y pasa despues al exámen crítico de los diversos tratamientos quirúrgicos admitidos en la historia de la cirugía. Explica el manual operatorio para la *puntura*, la *acupuntura* y las *escarificaciones subcutáneas*, pero reduce bastante el valor de semejantes prácticas. Considera que la *electricidad al exterior* y la *electropuntura* constituyen un medio insuficiente, doloroso, peligroso y que debe ser desechado. Mas cariño siente por el método de *cauterizacion* por el nitrato de plata, á cuyo favor aduce los estudios de Defer, de Metz, de Very, Girandico, Desormeaux, Maisonneuve y otros; con todo eso no se le oculta que es difícil graduar la inflamacion que en cada caso especial podrá producir el cáustico. El método por *Incision*, tal vez el mas antiguo, pues el mismo Celso lo puso en práctica, es considerado por el Dr. Cartaya como un medio terapéutico de aplicaciones muy reducidas y la misma opinion tiene formada del método por *Excision* y por *Enucleacion de la capa neoplásica*, ya que solo se ejecutan en aquellos hidroceles que por venir acompañados de lesiones glandulares no son susceptibles de recibir los cuidados ordinarios de tratamiento. Entra despues en el estudio del método de *Inyecciones* y á este propósito señala el mecanismo de la curacion así obtenida, y pinta todos los peligros que entraña ó puede entrañar una inyeccion practicada con el mas esquisito cuidado, ya en el acto de la operacion, ya como su secuela.

Este es sin duda el capítulo de mayor interes de la monografía, puesto que toda vez que las inyecciones iódicas, alcohólicas ó de otra clase se han erigido ya en sistema, interesa poner de relieve todas las contingencias que pueden ocurrir, y que no las evita el cirujano mas hábil. Yo he visto dos casos de infiltracion iódica que determinó una gangrena del escroto, mortal á los pocos

dias, y que no pudo evitarse á pesar de la precaucion de inyectar agua pura antes de la disolucion iodo-iodurada para asegurarse de que la cánula continuaba dentro del saco seroso. Las recidivas son tambien muy frecuentes y no son raros los casos de orquitis crónicas consecutivas á la inyeccion. El Dr. Cartaya redondea este capítulo estudiando las indicaciones del método por inyeccion y las diversas sustancias líquidas usadas en el acto operatorio: el iodo, el alcohol, el aire, el cloroformo, el vino y las sustancias astringentes son los principales tópicos sobre los que el autor del *tratamiento del hidrocele* fija su atencion.

Con el objeto de provocar una flegmasia substitutiva en el interior de la serosa del testículo se ha ideado igualmente la introduccion de cuerpos extraños y á este propósito el Dr. Cartaya estudia un grupo que lo subdivide en dos.—En el primero coloca aquellos cuerpos extraños que son introducidos por una sola abertura y que por lo tanto no atraviesan de parte á parte la túnica vaginal. No sin razon manifiesta el autor de la monografía que semejante práctica no es digna del desvio con que es mirada por parte de algunos cirujanos: él mismo ha curado un hidrocele en el breve espacio de dos semanas á favor de la introduccion de una crin de caballo y yo por mi parte puedo decir que insiguiendo los consejos del Dr. Argumosa, uno de los profesores españoles que en este siglo han gozado mas alto renombre, he visto algunos casos notables de curacion introduciendo bordones de tripa en el interior del saco.—Incluye en la segunda clase los cuerpos que atraviesan de parte á parte la túnica vaginal. El setal, usado ya por Galeno, y que en la edad media alcanzó mucha fama, figura como un buen medio curativo del hidrocele, pero el Dr. Cartaya le reconoce una accion demasiado escitante

aun con la prevencion de confeccionarlo con seda ó con hilo muyfino, así es que da toda la preferencia al tubo de drenage, verdadero sedal hueco cuya aplicacion en un sinnúmero de circunstancias ha obrado en la cirugía moderna una revolucion verdadera.

Fué Chassaignac el primero que lo aplicó en el tratamiento del hidrocele, y despues de haber limitado un tanto su verdadera esfera de accion, ha concluido por sostener la tésis de que el drenage en este punto concreto de la cirugía debe y puede destronar el método clásico de las inyecciones. El Dr. Cartaya muéstrase ardoroso partidario del distinguido cirujano francés, porque demuestra que los accidentes que por algunos se han supuesto despues de la aplicacion del tubo son mas quiméricos que reales; además, el manual operatorio es sencillísimo, por manera que el drenage constituye un método de tratamiento de los mas recomendables, ya que puede vanagloriarse de merecer el *cito, tuto et jucunde* de los clásicos antiguos. En corroboracion de la bondad del método, el Dr. Cartaya finaliza su excelente trabajo con la relacion suscinta, pero gráfica, de diez historias clínicas, seis observadas por él mismo, y cuatro de la clientela de su señor hermano D. Domingo, y que vienen á demostrar con esa elocuencia propia de los casos prácticos, que realmente es preferible el uso de los sedales de goma huecos á todo otro método en el tratamiento del hidrocele.

Aquí podría dar por terminadas estas líneas, que no reconocen otro móvil que el natural deseo de hacer pública la importancia del trabajo de un ilustrado profesor, pero antes de dejar la pluma suplico al doctor Cartaya me permita una insignificante reflexion que la tengo por pertinente al asunto de que me ocupo.

Entiendo que el hidrocele no siempre es un proceso local, que el hidrocele no siem-

pre se desarrolla con entera independencia del funcionalismo fisio-patológico de algunos órganos al parecer desligados del testículo por todo vinculo apreciable, sino que al contrario un estudio atento de su evolucion permite sospechar que la hidropesía de aquella glándula puede constituir en algunas ocasiones una derivacion natural de procesos cerebrales, cardíacos y del pulmon. Yo considero que en determinadas circunstancias el hidrocele, á semejanza de lo que ocurre con ciertos paquetes hemorroidales, con algunos trayectos fistulosos perineales y aun con estados ulcerosos de las piernas, es un fiador potente, que pone el organismo á cubierto de afecciones de gran cuantía. He sido testigo de la aparicion brusca de una intensa hiperemia cerebral con paresia de la mayor parte de los músculos en un anciano que en el hospital de Santa Cruz practiqué años atrás la operacion del hidrocele, y los síntomas que se presentaron con inusitada furia á las pocas horas de evacuada la serosidad, se detuvieron y declinaron despues de haber aplicado un gran vegigatorio en el escroto. Esto demuestra que puede darse el no infrecuente caso de un hidrocele cuya presencia debe respetarse y en que léjos de escogitar cuál debe ser el mas preferible método curativo, importa al contrario sostenerlo para que á su favor no experimenten desequilibrio las funciones todas del organismo.

Esta pequeñísima ampliacion no roba á la monografia del Dr. Cartaya ni un ápice del valor científico que de buen grado y con la mas viva satisfaccion yo me complazco en reconocerle.

DR. ROBERT.

ASUNTO VIEJO DESGRACIADAMENTE NUEVO

Si nunca están fuera de tiempo las cuestiones referentes á la pública seguridad, ¿cómo no insistir bastante sobre la rabia, materia que parecería agotada, cuando vemos todos los días personas instruidas sostener las mas infundadas ideas, contribuyendo así á divulgar los errores mas groseros y peligrosos? Por tal causa no debe asombrarnos ver las inexactas nociones que la generalidad del público posee sobre la rabia y por tal razon no nos ha parecido supérfluo tratar una vez más, sirviéndonos de poderoso recurso los estudios hechos por MM. H. Bouley y Henri de Parville en la vecina república, sobre esta afeccion tan terrible como común, tan fácil de adquirir como imposible de curar.

Y si hubiese algunas personas que nos dijeran: «¿qué nos importa este asunto? nosotros no tenemos perros,» les haríamos dirigir una mirada á su alrededor y comprenderian que están casi forzadas á vivir entre ellos, que, por tanto, el peligro las rodea y conociéndolo en todos sus detalles pueden fácilmente reconocerlo á tiempo y por consiguiente evitarlo, y que es de la mas alta importancia precisar bien el diagnóstico de la rabia, porque una vez adquirida y desarrollada hay que perder toda esperanza de salvacion.

Es una creencia casi generalizada la de que un perro atacado de esta enfermedad, ni come, ni bebe; creencia sin fundamento alguno puesto que los hemos observado completamente rabiosos que han podido comer y beber sin la menor dificultad.—También implica para todo el mundo la idea de la rabia en los perros, la existencia constante de accesos de furor con vehementes de-

seos de morder, y semejante creencia es tan falsa como peligrosa, pues dá ocasion á que se permanezca sin el menor recelo al lado de un perro afectado, el que, sin mostrar deseos de ofender, nos prodiga, por el contrario, sus caricias; caricias que pueden ser mortales si logra inocentemente inocularnos en una herida pequeña, erosion, rasgadura, etc., el virus lísico que desde el primer instante está contenido en la baba del animal.

Los primeros síntomas que observamos en la rabia de los perros consisten en un humor sombrío, y en una agitacion extrema con cambios continuos de posicion. El animal se aleja de sus dueños, se esconde, no manifiesta absolutamente deseos de morder; al contrario, demuestra que conserva para cuantos le rodean sus ordinarios sentimientos de cariño. Sus caricias suelen ser hasta exageradas: abraza á sus amos, les lame con mas frecuencia que nunca, y cuando la enfermedad hace progresos el infeliz se esfuerza notablemente para no morder á los que tanto ama.

En el periodo inicial de la afeccion se observa, durante el intervalo de los accesos, un delirio especial, el delirio rábico: presa de alucinaciones el perro enfermo salta frecuentemente; parece que vé objetos y oye ruidos que no existen sino en su imaginacion, pues se queda, en efecto, inmóvil, atento como si estuviera acechando; despues, de repente se abalanza y muerde al aire como si cojiese moscas y se lanza furioso y abullando contra una pared. En un periodo mas avanzado, aumenta su agitacion: vá, vuelve, corre de un rincon á otro, no permaneciendo quieto un solo momento. Entónces es cuando parece que demuestra mayor cariño á sus dueños: para comprobacion de ello M. Bouley refiere el siguiente suceso que prueba perfectamente la tran-

quilidad que sus caricias hacen experimentar á sus amos: «Dos señoras que llegaron á Alfort con una niña de cuatro años, trajeron á mi consulta un perro sin bozal que habian tenido sobre sus faldas durante todo el trayecto del viaje. «Este perro, decian, acostumbra quedarse de noche en nuestra habitacion y no nos deja dormir por su mucha inquietud, pues no hace sino arañar el suelo del aposento.» El perro estaba rabioso, porque apenas habia pasado la reja de Alfort su ladrido característico atrajo la atencion de los discípulos de la escuela. Tres dias hacia que estaba enfermo habiendo respetado á sus dueñas y mordido tan ligeramente á la niña que sus dientes no penetraron á través de los vestidos de esta. Cuando manifesté á dichas señoras la admiracion que su tranquilidad de espíritu me causaba, respondiéronme: «¿Cómo creemos que nuestro perrito esté rabioso cuando no solo bebe perfectamente sino que lo hace con frecuencia?» Aquellas señoras creian, como generalmente se cree, que las espresiones rabia é hidrofobia son sinónimas. La voz hidrofobia tiene en la opinion pública una determinada significacion: trae consigo la idea de que la rabia está constantemente caracterizada por el *horror al agua*, y por consiguiente, todo animal que acepta un líquido que se le ofrece, no debe ser considerado de ninguna manera como afectado de dicha enfermedad. Esto es un error gravísimo que puede dar origen á funestas consecuencias despues: *Un perro rabioso bebe*. Es, pues, necesario que desaparezca tan desgraciada sinonimia. No se aplique á la rabia el nombre de un síntoma que, si bien es verdad que es característico de ella en la especie humana, jamás la caracteriza en las especies animales.

ENRIQUE BARNET.

(Continuará.)

SECCION LITERARIA

RECUERDOS DE ITALIA

BEATRIZ CENCI

(Continuacion.)

Pronto supo el Conde el nuevo obstáculo opuesto á su pasion y tanto le encendió el despecho, que, asiendo á la jóven por sus rubios cabellos, arrastró ferozmente aquel cuerpo de filigrana prodigándole golpes y hasta hiriéndole con sacrilega planta; mas no satisfecho aun, la sepultó en un subterráneo sin hacer caso de sus lágrimas, de sus terribles contusiones, de la sangre que manaba su rostro. Inesplicablemente amargo es á veces el cáliz de la vida.—Compadecido Marzio, servidor de Cenci, proporcionó á Beatriz lo necesario para escribir un memorial en que ella imploraba la proteccion del papa Clemente VIII; mas no llegó aquel documento á su destino. Vanamente luchan los esquifes con la tormenta desenfrenada, vanamente con la fatalidad los mortales.

Tenia Cenci en la frontera de Nápoles un castillo, famoso por los crímenes allí perpetrados. A él condujo á toda su familia, buscando mas desahogo para la realizacion de su proyecto.

Allí encontró Beatriz nueva prision, que escatimándole el aire y negándole la contemplacion del cielo, hacia su soledad mas intolerable. Cuando el sueño cubria compasivamente con sus alas la cabeza de la cautiva quebrantada por los pesares y la fiebre, ahuyentábanlo desapacibles ruidos, que ferozmente mandaba producir el Conde. Y como si tales torturas no bastasen, hizo creer á Beatriz que ya no existia su amante Guido.

Entre este, Jacobo Cenci, Lucrecia Petroni y Marzio y Olimpio, asesinos que servían al Conde, se concertó libertar á la doncella y, muy probablemente, sin retroceder ante la contingencia de matar á D. Francisco. Quizá convinieron en ello como en su fin capital.

Era la noche del 9 de Setiembre de 1598. Momentáneamente dormía Beatriz. Ábrese su prision y se presenta su verdugo dispuesto á realizar indecible crimen; pero súbito cae, roto el corazon. Despierta la jóven y ve cadáver á su padre en un charco de sangre y á Guido Guerra huyendo con un puñal en la mano. Aunque sin poder medir entónces la estension de su desgracia, bien vislumbró la vírgen el insuperable abismo que acababa de abrirse entre su amado y ella; bien comprendió que se colmaba su desventura y, traspasada de horror, cayó sin sentido á pocos pasos de su yerto padre. Qué cuadro de espanto! Llegan momentos para los hijos de la crédula Eva en que, como al emparedado ó como al ciervo en un círculo de cazadores, todo les grita *Muerte! Muerte!*

Olimpio y Marzio lanzaron el cadáver sobre unos árboles y le introdujeron la punta de algunas ramas, á fin de que pareciese casual la muerte. En seguida pasaron á Nápoles, donde varias imprudencias del primero ocasionaron que pereciese á manos de su camarada. Preso éste y sometido al tormento, no solo declaró el reciente homicidio, sino tambien sus crímenes anteriores y por consiguiente su participacion en la tragedia del castillo. Comunicado el asunto al gobierno pontificio, fueron inmediatamente arrestados Jacobo Cenci, su hermano Bernardo, que tenia doce años, Beatriz y la viuda Lucrecia Petroni. La tortura obligó á los dos primeros y á la última á confesarse reos; mas la infortuna-

da vírgen sostuvo heroicamente su inocencia.

En opinion de Guerrazzi, al formar causa á la familia de que vengo hablando, se habia resuelto que de todas maneras apareciese culpable, á fin de confiscar sus inmensos bienes. Así pues, como el único óbice á tan infernal proyecto era ya Beatriz, se encarnizaron en ella para que diese contra sí propia una declaracion. Desechado el juez Ulises Moscati, quien habia visto patente la inculpabilidad de la vírgen, se confió la causa á César Luciani, hombre sin entrañas, de esos capaces de inmolrar á sus madres mismas; si preciso fuere, de hollar sus cadáveres. para besar las plantas del poderoso y recibir, cual galardón supremo, una ambigua, quizá despreciativa sonrisa. No imaginaba la hiena vil que residiese en el cuerpo frágil de su víctima un alma que podía elevarse á la sublime fortaleza de Porcia, de Arria ó de los mas venerandos mártires que han inmortalizado el cristianismo. Llegó un momento en que el abyecto Luciani, pasmado con una prodigiosa intrepidez que jamás habia encontrado en los hombres mas indómitos, mas robustos, creyó que estaba Beatriz en pacto con el demonio y acudió á los exorcismos. Conviene dar algunos pormenores de las torturas sufridas por Beatriz, para que se comprenda cuánta fué su virtud, cuánto su infortunio, cuánta la iniquidad de aquellos tiempos.

Primeramente la sometió Luciani al tormento de la *vigilia*, es decir, fué colocada en un altísimo asiento de un palmo de ancho y que, en vez de plano, presentaba cuatro ángulos cortantes y en el centro una punta. Igual forma tenia el respaldo. Ligarón á la paciente las piernas, para que no las estendiese, y le dejaron en el aire los piés, mientras que á las manos, atadas

á la espalda, iba á parar una cuerda pendiente del techo, con la cual se daban crueles tirones. Y como si no fuera bastante, á ratos hacian bambolear á la jóven. Cuarentas horas seguidas duró eso. Las únicas palabras de la Cenci fueron: *Soy inocente!*

Trás un descanso de dos dias, no concedido por la piedad, sino por el anhelo de hacer m's sensibles y agudos los padecimientos futuros, mandó Luciani que, atando á la vírgen por sus dorados y sedosos cabellos, los cuales la ceñian con aureola divina, la suspendiesen á considerable altura. Tremendo era el suplicio! Sin embargo, combinóle con otro, que consistia en torcer por medio de unas cuerdecillas las muñecas, dejando dislocadas las manos. Padecia horriblemente Beatriz: de sus descajados ojos corrian lágrimas copiosas, penetrantes gemidos salian de su garganta; pero siempre decia: *Soy inocente!* Por una hora se veló el rostro del ángel de la justicia, negando las miradas á tan fiero martirio. Entonces introdujeron en la estancia á Lucrecia Petroni, Jacobo y Bernardo Cenci, y aunque sus confesiones habian comprometido á Beatriz, ocasionándole los precitados padecimientos, lejos de manifestarles rencor, les dió á entender que gozaba en verlos: tal era aquella alma.

Despues de una pausa, se renovaron la suspension por los cabellos y las sacudidas con que parecia á la doncella que le arrancaban su piel esquisita. Además, le pegaron en las desnudas plantas unas tablitas envueltas en trementina y pez é inflamadas. Aun halló fuerzas para gritar: *Soy inocente!* pero desmayóse al cabo. Bendigamos veces mil nuestro siglo en que son imposibles tales medios de averiguacion á los tribunales. Cuando abandonaron este mundo el alma de César Luciani y las de aquellos á quienes sirvió de inflexible instrumento, sin duda

alguna fueron condenadas á oir en el infierno, durante siglos, una voz argentina y lastimera lanzándoles estas palabras: *Soy inocente!*

Lamentable, por extremo lamentable, era entre tanto la situacion de Guido Guerra. Veíase manchado por un homicidio, proscrito, y sin otro porvenir que la desesperacion, y origen involuntario de fieras amarguras para la mujer á quien adoraba, que le habia dado las primicias de su noble corazon y de la cual una eterna barrera le separaba. Oh! cuando el querubin con su flamígera espada cerró para siempre á Adán la puerta del Eden, grande fué su desventura, pero no colmada, pues Eva aun tenia para él sonrisas y halagos de ternura. Pero cuando en el camino de nuestra vida nos brilla el alma en vano buscada un año y otro año; cuando el amor nos enciende y vivifica y ennoblece; cuando danzan nuestras horas coronadas de flores, cuando son nuestros instantes todos entusiasmo, júbilo, encanto; cuando sentimos en nuestro sér una plenitud vital no conocida antes; cuando vagamos risueños por un mundo mágicamente bello, cuán espantosa, cuán fulminante, descende sobre nosotros la palabra *Imposible!* Qué mano tan abrasadora se clava en el corazon y le retuerce una y ciento y mil veces dejando al fin un puñado de cenizas! Y nuestro cerebro?.... Menos desolados, menos sombríos, menos mudos se ofrecen á las miradas los escombros de quemado palacio oriental, donde resonaron deslumbradoras fiestas! Entonces, como el que cae en un abismo, tendemos los brazos implorando socorro... y todo es vacío, vacío!...

EMILIO BLANCHET.

(Se concluirá).

EL REY BALTASSAR

MELODÍA HEBRAICA

—24—

Mane, Thecel, Phares.

En el impío festín
el Rey Baltassar estaba,
con la corona en las sienes
y sobre un trono de plata.

Y damas y cortesanos
y toda la sierva grey,
se postraba y exclamaba:
«Gloria al rey!»

De Israel los vasos de oro
que se trajeran mandaba,
y en ellos el vino heban
sus concubinas amadas.
De orgullo y lascivia lleno
sus ricos mantos desgarrá,
y en la desnudez hermosa
su disolución halaga.

Y damas y cortesanos
y toda la sierva grey,
se postraba y exclamaba:
«Gloria al rey!»

—«Los verdes ojos del rey
parecen dos esmeraldas,
la púrpura de la rosa
sus rojos labios no iguala.»

—«Dichosa la virgen bella
que oye sus dulces palabras;
dichosa la que en sus brazos
de amor el aliento exhala.»

—«Prudente y sábio rey,
justicia tan solo manda,
la tierra adora sus leyes,
ventura eterna le aguarda.»

—«Qué vale el Dios de Israel
contra el poder de su espada!
De los miseros judíos
cuál es la triste esperanza!»

Y damas y cortesanos
y toda la sierva grey,
se postraba y exclamaba:
«Gloria al rey!»

En esto una horrible mano
sobre la pared grabara
sentencia que nadie entiende,
y el rey Baltassar temblaba.

Era *Mane, Thecel, Phares*,
la inscripcion de la muralla,
y al rey, la corte y el pueblo
terror de muerte causaba.
A sus magos les pregunta:
«¿Qué dicen esas palabras?»
Y ellos responden confusos:
«Nuestra ciencia no lo alcanza.»
La reina entonces le dice:
«Llama á Daniel, á qué aguardas?»
Es hombre de Dios querido,
y en él tu padre confiaba.»

Y damas y cortesanos
y toda la sierva grey,
se alejaba y exclamaba:
«¡Ay! del rey!»

—«Si aclaras este misterio
que á mi corazón espanta,
segundo te haré del reino
y vestirás de escarlata.»

—Triste mortal, qué me ofreces
cuando á ti todo te falta?

En esa inscripcion yo leo:

«Tú vas á morir mañana.»

En esa inscripcion yo leo:

«El Moro y Persa mañana

se dividirán tu reino,

las riquezas de tu casa.

Pues blasfemaste de Dios,

tu triste huesa mañana

del último de tus siervos

será con desprecio hollada.....

El gozo de los tiranos

es cual fósforica llama

que en la noche tenebrosa

de las tumbas se levanta.

Solo un momento es la tierra

de sus caprichos esclava,

pero él pasa y sus verdugos,

son polvo, gusanos, nada.»

En tanto al misero rey

la pena y terror desmayan;

busca á los suyos y encuentra

solo á Daniel que le hablaba.

Pues damas y cortesanos

y toda la sierva grey,

se alejaba y exclamaba:

«¡Ay! del rey!»

JOSÉ RIVERA INDARTE.

(Córdoba de Tucuman)

Á DELIA

Es tan bella tu sonrisa
que cuando ries, parece
que es el aura que se mece
en un lecho de carmin.

Y tu voz contiene notas
mas cadenciosas, mas suaves,
que el concierto de las aves
en las mañanas de Abril.

¡Y tus ojos negros! grandes
como la pasión que inspiran,
cuando miran, siempre miran
con tan mágica ilusión,
que su influjo misterioso
hace soñar con el cielo,
al alma sentir anhelo,
palpitar al corazón.

Yo sé que en tu pecho móvil
hay un tesoro inocente,
un corazón mas ardiente
que la llama de un volcán;
porque en él tu aliento nace,
porque tú siempre le inspiras,
y en todo tu ser respiras
fuego, vida, idealidad.

Yo no sé; pero en el alma
siento, hermosa, si te veo,
extraño impulso, un deseo
que se apodera de mí.
Siento que, loco, me llaman
tus ardientes labios rojos,
que me seducen tus ojos,
que me arrastran hacia tí!

PEDRO F. ALBARRAN.

(1875).

EL MENDIGO

«¿Dime, Dios omnipotente,
te gozas en mi dolor,
y el amargo sinsabor
que me dejaste inclemente?
Si eres justo; si clemente
alivias al oprimido,
por qué, Dios, entristecido,
me dejas sin desconsuelo?...

¿Haces lo mismo en el cielo
con el pobre y afligido?

Entonces nunca yo fuera
á ese cielo ¡desdichado!
que al pobre lo deja á un lado
aunque santo y justo muera.
Me dicen que no profiera
palabras de desconsuelo,
que temple mi amargo duelo,
que luego seré feliz.....
¿Si en este soy infeliz
seré dichoso en el cielo?

¿Cómo quieres que le crea
si nunca pude creerle
si el fantasma de la muerte
mi imaginación recrea?
¡Porque prefiero que sea
mi cadáver sepultado!
Para poder descansado,
no acordarme de este mundo,
en el silencio profundo,
de mi sepulcro callado!

Al menos de padecer
este cuerpo cesaría
y presto me contaría
en la nada, en el *no ser*.
Porque no quiero creer
que es el alma espiritual;
porque es bien triste pensar
que al salir de este desierto,
no me considere muerto,
vuelva mi cuerpo á penar.

En el cielo, distinción,
no lo dudo que la habrá,
pues el malo no entrará
en tu celeste mansión.
Es triste separación
que me demuestra tu anhelo,
quieres ver junto en el cielo
á los santos y los buenos.....
¿Donde dejas á los llenos
de amargura y desconsuelo?...

El que nace rodeado
de honores y de placeres
y de candidas mujeres
que lo velan con cuidado,

Nace niño acariciado
de riqueza al dulce encanto,
pues no conoce quebranto,
ni amargura ni dolor...
¿cómo no quieres, Señor,
que se vuelva justo y santo?

—
Pero aquel que como yo
en cuna de lodo inmundo
despreciado por el mundo
y aborrecido nació;
su desventura lloró,
quiso ser un hombre honrado
y del mundo fué llamado
de ramera torpe hijo...
¡Y entonces el triste maldijo
al Dios por quien fué formado!

Calló el infeliz mendigo
que sus penas lamentaba,
y lágrimas derramaba
sin importuno testigo;
sin tener un fiel amigo
que le pueda consolar,
solo el triste ha de llorar,
solo limosna pedir,
solo sus penas sufrir,
sus desventuras llorar!

—
Dios, compadece su anhelo,
insensato desvaría,
la fatalidad impía
sobre el pobre se cebó!...
Miradlo! dirige al cielo
las manos, las junta pío,
y al clamar:—Piedad, Dios mío!—
Vacila, cae..... ya murió!

Descansa en el duro suelo
su cuerpo, yerto ha quedado.
—Pero y el alma?—Ha volado
á la region del consuelo!

—
RAFAEL OTERO (hijo).

Matanzas, marzo 13 de 1875.

LITERATURA RUSA

LAS RELIQUIAS VIVAS.

FRAGMENTOS INÉDITOS DE LAS NARRACIONES DE UN CAZADOR

Novela original de Ivan Tourgueneff.

«Tristes figuras hacen un pescador en-
juto y un cazador empapado en agua,» dice
el adagio frances. Enemigo de la pesca, no
puedo juzgar lo que siente el pescador du-
rante un día de sol esplendoroso, ni los pla-
ceres que le sonríen cuando empapado hasta
la médula de los huesos espera la abundante
pesca; pero la lluvia es verdadera calami-
dad para el cazador.

Así lo experimentamos mi amigo Ermo-
lai y yo un día que fuimos al distrito de
Belef, á caza de perdices. Desde el alba di-
luviaba: vanos fueron nuestros esfuerzos
para ponernos á cubierto; nos cubrimos de
piés á cabeza con los impermeables; nos re-
fugiábamos bajo los árboles á guisa de al-
bergues... Pero los pseudo-impermeables nos
molestaban para tirar dejándose penetrar
por el agua sin el menor escrúpulo; al prin-
cipio nos resguardaban algo los árboles;
mas recargadas las ramas con los copiosos
aguaceros se convertían en abundantes ca-
ños cuyos chorros penetrando por el pes-
cuezco nos inundaban la espina dorsal...

—Esto es inaguantable, exclamó Ermo-
lai, no podemos cazar hoy. Las escopetas
marran el tiro, los perros pierden el olfato.
¡Es desgracia!

—¿Qué quieres que hagamos? le pregunté.

—Vamos á Alexéievka. Pueblecillo que,
acaso lo ignoras, es propiedad de tu madre.
Solo dista ocho *verstes*. Allí pasaremos la
noche, y mañana...

—¿Volveremos?

—No, conozco otros sitios detrás de

ni en sus doncellas y seguidoras, que, de paso, incurren en la irreverencia de andar por la iglesia sin manto. Solo dos de las camareras ofrecen un conato del *hennin*, reducido á un cucurucho de congregante, sin la vuelta que le daba carácter y sin revestirlo de seda negra ú otro color oscuro que le daba tono.

Abundando tanto los adefesios entre los primeros papeles, no hay que decir como andarán los humildes ó mas secundarios. Obsérvase en todos una falta absoluta no solo de crítica, sino de criterio; nada que demarque al populacho de la buena ciudad de Paris ni á sus estudiantes, hampones, pilluelos, gitanos, etc., ya que todos entran en el cuadro de la composicion. Los coros de uno y otro sexo usan trajes indefinidos, visibles desechos de otras óperas, con añadidura de algunos cintajos; algo por estilo de los campesinos de Italia, pero vanamente se buscarán entre ellos el sayuelo corto con sus hombreras de *mahoitre*, el juboncillo lazado por delante, los altos cuellos y mangas holgadas ó perdidas, los tabardos y huncos, las calzas atacadas, el pelo inclinado en la frente y rizado por los lados, los bonetes, birretes y sombreros, los zapatos y botas (*homseaux*) con punta de polaina, las tocas, crespinas y chaperi es femeniles, etc. En cambio, los convidados de Febo (coro de hombres del acto tercero) no se abrigan en el gabancillo con vuelta de pieles que empezó á estilarse hacia el reinado de Francisco I?

En la mogiganga de los locos, por mas que figura una escena carnavalesca y disparatada, se ha olvidado de tal suerte el colorido local y de la época, que podrá ser cuanto se quiera menos el bromazo de los truanes de la *clité* y de la corte de los milagros, tan bien descrito por el autor de *Nuestra Señora de Paris*.

Hé aquí demostrada una vez mas la insuficiencia histórica y artística de nuestros directores de escena, y como el teatro, pudiendo y debiendo ser modelo en ambos géneros, se trueca en elemento de corrupcion.

Considerando estos deslices de poca monta, algunos dirán acaso:—Al público ¿qué le importa? Dénsele efectos de relumbron y quedará contento.—No señor: el público no debe ser engañado cuando se supone hablarle en serio. Justamente porque ignora ciertas menudencias, es que conviene mas rectificar su error ó sacarle de él.

Las pequeñeces históricas nunca son despreciables: como los accidentes de la fisonomía humana, ellas determinan sus rasgos distintivos, el temperamento, la edad, la procedencia; esas pequeñeces son la fisonomía de la historia.

Como la vida entra por todos los poros, la instruccion se comunica por todos los sentidos. No olvidemos que el teatro puede servirle de eficaz elemento.

Perpetuar semejantes descuidos, es volver á los moharrachos de Cervantes; es falsear uno de tantos medios de instruccion, y bastardear otro orden de nociones, en menoscabo de intereses de gran cuantía.

J. PUIGGARÍ.

QUASIMODO

ÓPERA SÉRIA EN CUATRO ACTOS DEL MAESTRO D. FELIPE PEDRELL

Un año ha cumplido desde que fué un verdadero acontecimiento en esta capital la representacion de una nueva ópera titulada: *L'Último Abenzerragio*, con la que se inauguró un nuevo compositor de música dramática, hijo de Cataluña; pues que el neófito autor dió á conocer con su primera obra lírico-dramática un talento músico poco comun, y vastos conocimientos adquiridos en el arte de componer y debidos á sólidos y perseverantes estudios. El jóven autor de aquella obra animado por el brillante triunfo que alcanzó con ella y deseando sin duda dar otra muestra progresiva de su talento, procurose luego un nuevo argumento para ponerlo en música, que fué el que le escribió en verso italiano un poeta catalan, que ha tenido la modestia de ocultar su nombre, á cuyo libreto puso el título de *Quasimodo*. Pero antes de ocuparnos de la nueva composicion musical del Sr. Pedrell, diremos algo acerca de la procedencia del argumento.

Pocos habrá, aficionados á la literatura, que no hayan leído la célebre novela de Victor Hugo, titulada: *Nuestra Señora de Paris*, y por consiguiente que no sepan que el principal personaje de la novela es la *Esmeralda*, la graciosa cuanto desdichada gitanilla, sobre la que pesa la *fatalidad*, que se propuso poner en juego el novelista francés. Pero como *Esmeralda* habia servido ya de protagonista en los argumentos de otras óperas italianas y francesas, que se pusieron en música hace ya muchos años por otros compositores extranjeros, el autor del libreto de *Quasimodo*, hizo del argumento de su drama el protagonista á este deforme, pero interesante personaje de la misma novela de Hugo, modificándolo notablemente para que pudiese tomar una parte muy directa en la accion. Por lo demás, el argumento de la ópera *Quasimodo* consiste en los amores de *Esmeralda*, para el capitán Febo; en el casamiento de este con Flordisa, en la celosa pasion de Claudio Frollo á la gitanilla, en el odio que la profesaba Gudula, mientras ignoró que fuese su madre, y en el amor platónico que sentia por *Esmeralda* el campanero Quasimodo, quien velaba por ella, mientras pudo ejercer su proteccion, y en fin en la muerte desastrosa de la

gitana y de Claudio Frollo, que como es sabido, acabó aquella siendo ahorcada y este arrojado por *Quasimodo* desde lo alto de la catedral de París. Como el poeta autor del libreto de *Quasimodo*, quiso acumular en su argumento muchos de los incidentes de la novela y conservar sus principales personajes en la acción, esta resultó muy larga para un drama que había de ser puesto en música, en desventaja del compositor, que hubo de hacer una partitura de muy largas dimensiones. Pero no negaremos el mérito contraído por el anónimo poeta, con haber versificado con facilidad y con lenguaje bastante castizo, en un idioma extraño, el argumento que nos ocupa; y esta circunstancia compensa por sí sola otras faltas ó defectos que pudiesen señalarse en este trabajo.

En *L'Último abenzeraggio* el señor Pedrell no pudo menos de incurrir en algún defecto, incluíble en todo autor novel en su primera obra; bien que despuntan en ellas no escasas bellezas que por cierto neutralizan los defectos. Mas, con su nueva ópera *Quasimodo* ha hecho otra etapa en el camino que ha de conducirle á la deseada meta. En el *Quasimodo* tienen generalmente mas desarrollo las melodías vocales; abundan también en ella los ritmos marcados, bien que algunas veces carezcan los cantables de esta última cualidad, resultando menos espontaneidad en ciertas cantilenas. Otras encierra la ópera que se distinguen por el sentimiento, ó por la franqueza y originalidad, cuando no resalta en algunos cantos ó motivos la ira ó la venganza, ó un colorido tético y de fatal agüero, según los personajes y acciones escénicas que describiera el compositor. Nótese también en la obra del Sr. Pedrell bastante unidad de estilo, aun cuando no pueda decirse que sea enteramente propio; y sobre todo es notable la instrumentación que corre casi siempre armoniosa sin estrépito, rica en detalles y abundante en conceptos que realzan el carácter de las situaciones, sin que sea en perjuicio de la parte vocal.

Algunas veces el señor Pedrell con la sobrada repetición de ciertos motivos de la ópera, incurrió en una difusión que engendra pesadez á ciertas piezas. Pero en los concertantes hay variedad y animación y es notable, el gran final del acto tercero, en el que la buena combinación de las voces produce excelente efecto dramático. Característica es también la marcha coreada final del acto segundo cuyo cortejo ó procesión del papa de los locos ha sido puesta en escena con mucho aparato y propiedad, no menos que la escena nupcial del acto tercero.

Después de lo que dejamos espuesto acerca del conjunto de la ópera *Quasimodo* no entraremos en un análisis detallado de la misma, que resultaría sobrado largo, bien que tampoco lo permiten las dimensiones de nuestra revista.

La segunda composición lírico-dramática del señor Pedrell fué recibida con generales manifestaciones de aprobación del público, que en las dos primeras representaciones del *Quasimodo* llamó varias veces á las tablas á su autor y á los artistas que cantaron los principales papeles de ella.—Z.

SECCION DE VARIEDADES

La Redacción de El Ramillete se complace de contar en el número de sus colaboradores á doña Alejandrina Benites y de Arce de Gautier, y á don Bartolomé Robert; la primera, distinguida poetisa puerto-riqueña, y el segundo ilustrado facultativo de esta ciudad.

—Con este número recibirán nuestros suscritores las danzas para piano *La Criolla*, *La Ondina* y *La Lila*, que forman el segundo reparto de los *Ecos de América*. La primera del conocido profesor cubano D. Juan Obradors; la segunda del distinguido pianista portorriqueño D. Manuel Tavárez; y la tercera del malogrado joven mayagüezano D. Miguel Gibert. El final de *La Lila* saldrá en el tercer reparto.

CHARADAS.

I.

Letra es mi *prima*,
letra mi *tres*,
y *tercia* y *cuarta*
letra también;
nota de música
segunda es,
y el *todo* prenda
que abriga bien.

II.

Hoy á mi *todo*,
joven divina,
díjola un pollo:
¿permítis, niña,
que en vuestro pecho
sea *dos* y *prima*?
Y ella brindando
tiernas sonrisas,
repuso: joven,
á *dos* y *prima*,
una la *tercia*
si usted lo ansía.

Las soluciones en el próximo número.

Solución á las charadas del número anterior:
SIN-FO-RO-SA' y CAN-DE-LA-RIA.

Imp. de Sulé hermanos, Olmo, 8.